

(A las voces de Erik acuden presurosos Daland, María, las doncellas, y los marineros noruegos).

ERIK.—¡Socorro! ¡auxilio! ¡está perdida!

ESCENA VI

Los mismos, DALAND, MARIA, las doncellas y los marineros noruegos

DALAND.—¡Ah! ¡Dios mío!

HOLANDES (á Senta).—¡Tú no me conoces, ni puedes adivinar quién soy. (Muestra su buque, cuyas rojas velas están desplegadas, mientras la tripulación, horriblemente agitada, se ocupa en el aparejo.) ¡Interroga al navegante que cruzó el Océano en todos sentidos; éste conoce mi buque, terror de los hombres piadosos; el «Holandés errante!»

(Sube con la rapidez del rayo al puente del buque, que se aleja al momento entre los gritos de la tripulación. Todos quedan inmóviles, poseídos de estupor. Senta se esfuerza en desasirse de las manos de Daland y de Erik.)

DALAND, ERIK, MARIA y el CORO.—¡Senta! ¡Senta! ¿qué pretendes hacer?

(Senta se abre paso por fin, á costa de desesperados esfuerzos, corre hacia el extremo de una roca que se adelanta hacia el mar; desde allí, grita con todas sus fuerzas al Holandés que se aleja.)

SENTA.—¡Gloria á tu ángel libertador! ¡gloria á su ley! Mira y vé si te soy fiel hasta la muerte.

(Se arroja al mar; en el mismo instante el navío del Holandés se hunde y desaparece. En lontananza se ven surgir de las ondas al Holandés y á Senta transfigurados, y unidos en tierno abrazo.)

FIN DEL BUQUE FANTASMA

LOHENGRIN

ÓPERA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

ENRIQUE, rey de Alemania.

LOHENGRIN.

FEDERICO de TELRAMUNDO, conde brabanzón.

ELSA DE BRABANTE.

ORTRUDIS, mujer de Federico.

UN HERALDO.

CUATRO CABALLEROS BRABANZONES.

CUATRO PAJES.

Nobles de Sajonia y de Turingia, nobles brabanzones, caballeros, damas, pajes, servidores.

La escena pasa en Amberes, á mediados del siglo x



ACTO PRIMERO

Una pradera á orillas del Escalda, en las cercanías de Amberes.—El rey Enrique aparece sentado bajo la encina á cuya sombra se administra justicia. Ocupan ambos lados los condes de Sajonia y de Turingia, los nobles y los escuderos feudatarios del rey. Enfrente de los condes, los escuderos y el pueblo de Brabante; en primera fila Federico de Telramundo, y cerca de éste Ortrudis.

ESCENA PRIMERA

EL REY ENRIQUE, FEDERICO, ORTRUDIS, un heraldo, cuatro trompetas, condes y escuderos sajones y brabanzones, pueblo de Brabante.

(El heraldo y cuatro trompetas se dirigen al centro de la asamblea. Los trompetas ejecutan la llamada del rey.)

EL HERALDO.—¡Duques! ¡condes! ¡pueblo! Oíd. El rey de Alemania, Enrique, se presenta á tratar con vosotros, según las leyes de vuestro imperio: ¿querréis suscribir á sus votos? Príncipe excelso ¡honor y gloria á ti!

EL REY ENRIQUE (levantándose).—¡Guárdeos el cielo, noble pueblo de Brabante! Ya me tarda recurrir á vuestro auxilio. ¡Devolvamos la vida al imperio alemán! (Todos prestan solemne atención.) No ignoráis cuántas veces se abatió sobre nuestros

hogares del Oriente la guerra; «Salvadnos del acero de los húngaros, sumo Dios» es la plegaria que enseñáis á vuestros hijos. El honor de poner término á tanto martirio incumbíame como jefe del imperio. Espada en mano obtuve una tregua de diez años; no he desperdiciado el tiempo. He robustecido nuestras fortalezas y nuestras villas, vigorizando la intrepidez de nuestros soldados, pero ¡va á expirar la tregua y tocamos al término! Nuestros enemigos reclaman el tributo. (Animándose.) Sonó la hora, sepamos salvar el imperio. ¡En pié! en pié! prodiguemos nuestra sangre. ¡Desenvainad los aceros! Yo os conduciré, y por fin Alemania recobrá su puesto.

LOS SAJONES (golpeando sus armas).—¡Proteja Dios á Alemania!

EL REY (con benevolencia).—Y ahora, pueblo de Brabante, cuando me dispongo á guiaros á Maguncia ¡cuál no será mi dolor viéndoos desunidos y sin un jefe poderoso! Sangre llora mi alma al pensarlo. Habla tú, Federico, responde. Conocida me es tu virtud, habla, sí, porque en ti confío.

FEDERICO (con solemnidad).—Gracias, noble rey, por haberte dignado acudir. ¡Lejos de mí la idea de engañarte! El príncipe de Brabante, al morir, confió á mi tutela sus hijos Elsa y Godofredo, casi niño. Amaba yo al infante, fui guía de su adolescencia, su vida era mi riqueza, mi gloria. Escucha, Señor, y comprenderás cuál debió ser mi dolor, cuando con él me robaron la honra. Elsa le había llevado á solitario bosque... sola... y regresó al anochecer preguntando por su hermano, de quien se había alejado un momento y á quién después buscó en vano. (Con emoción.) Nada logré saber acerca de su suerte; y cuando comparació á mi vista Elsa, su palidez y trastorno me revelaron un crimen nefando. Entonces, sintiendo por ella invencible horror, rechacé el himeneo que su padre dictara, y siguiendo los votos de mi corazón, tomé por esposa

á Ortrudis, (Ortrudis se inclina ante el rey.) Noble hija del rey de los frisonos. (Adelantándose con tentitud.) ¡Pido justicia contra Elsa de Brabante! ¡contra la fratricida Elsa! Pido que se me dé la propiedad de este territorio: ¿no soy acaso el pariente más próximo, el esposo de una mujer cuya sangre dió, á menudo, jefes á este imperio ilustre? Tal es mi petición, Señor, júzganos!

TODOS LOS HOMBRES (con movimiento de horror).— ¡Ah! ¡misterio horrible! ¡su querella estremece el corazón!

EL REY.—¡Temible y siniestra felonía! ¿pudo ser Elsa capaz de tan horrendo crimen?

FEDERICO (siempre con violencia).—¡Oh rey! Sin dificultad logré leer en su corazón; he sido blanco de sus altivos desdenes, pues en su pecho arde otro amor. (Con creciente amargura.) Ha pensado que, fallecido su hermano, podría, como señora de Brabante, rechazar la demanda de su vasallo y seguir la voz secreta de su corazón.

EL REY (conteniendo con un ademán el arrebató de Federico).—¡Que se presente Elsa! Va á comenzar el juicio. ¡Guíame, Dios potente!

EL HERALDO.—¿Ha de fallarse según dicten justicia y derecho?

EL REY (colgando, con solemnidad, su escudo á la encina).—¡Deje ya de defenderme este acero, si mi voz no castiga!

(Todos los hombres dejan sus armas. Los sajones y los turingios colocan ante sí sus espadas desnudas. Los brabantones deponen las armas á sus pies.)

TODOS LOS HOMBRES.—El acero debe armar nuestros brazos, hasta que se pronuncie la sentencia.

EL HERALDO.—¡Ved aquí el escudo del rey, signo de la santa justicia! Escucha sin temor, Elsa, la voz del Tribunal! ¡Preséntate!

ESCENA II

Los mismos, ELSA

(Aparece Elsa, deteniéndose un momento en el fondo. Luego se adelanta, pausadamente y con ademán pudoroso hasta el centro de la escena: Varias doncellas la siguen, y se detienen en el fondo.)

TODOS LOS HOMBRES.—¡Ved aquí á la desdichada! ¡En su frente brilla la virtud! ¿Cómo es posible achacarle un crimen nefando?

EL REY.—¿Eres tú Elsa de Brabante? (Elsa hace un signo afirmativo.) ¿Me aceptas por juez? (Elsa contempla al Rey frente á frente, y contesta con el mismo signo.) ¡Ahora, acércate! ¿Sabes ya qué crimen se te imputa? (Elsa fija la vista en Federico, se estremece y contesta tristemente, con un ademán de afirmación.) ¿Tienes algo que oponer? (Elsa hace un gesto de negación.) ¿Callas, confiesas quizá?

ELSA (permanece inmóvil largo tiempo, y después, dirigiendo la vista á lo lejos, murmura):—¡Pobre hermano mío!

LOS HOMBRES (entre sí).—¡Ah! ¡quién lograría comprender tal misterio!

EL REY (conmovido).—Habla, Elsa, dí: ¿Cuál es tu secreto?

ELSA (mirando á lo lejos en tranquilo éxtasis).—Sumida en acerbo dolor dirigía mis preces al cielo, buscando en ellas el olvido de mi destino cruel; de improviso creí escuchar los más divinos conciertos; mi voz parecía extenderse, y llenar los aires; después, apaciguáronse los rumores en el límpido azul, y quedé embargada por rápido sueño.

LOS HOMBRES.—¡Ah! ¡qué discurso! ¡su razón se extravía!

EL REY (intentando sacarla de su arrobamiento).—¡Responde, Elsa; tus jueces te escuchan!

ELSA (siempre en la misma actitud y sumida en

éxtasis cada vez más profundo).—Apareció un caballero, ricamente armado, empuñando en su diestra el acero, y su izquierda la trompa de oro; acercóse á mí; calmó con sus dulces palabras mi sombría tristeza, é infundióme valor; él es mi único apoyo!

LOS HOMBRES (conmovidos).—¡Protégenos, gran Dios, muéstranos el criminal!

EL REY (á Federico).—¿Olvidas, al acusarla, que todos encomian su virtud?

FEDERICO.—A pesar de su fingido delirio, todo lo comprendo; Elsa ama y no osa decirlo. Testigos seguros tengo para confundirla; sí! poseo pruebas del hecho! Mas desprecio un cobarde testimonio, mi altivez no se aviene con esos medios! Yo y mi acero nos bastamos. ¡Hablad! ¿hay quién salga á combatir contra mí?

LOS BRABANZONES (con suma animación).—No, ninguno de nosotros! ¡á tu favor, sí!

FEDERICO.—¿Tú, señor, ¿olvidaste ya mis hazañas contra los daneses?

EL REY.—¡Malhaya quien niegue tu valentía! Proclamada será siempre! A nadie hallo aquí que te supere. Para gobernar este pueblo, Dios nos iluminará.

LOS HOMBRES.—¡Sí; Dios juzgará!

EL REY (desenvainando la espada y clavándola en el suelo).—¡Habla tú el primero, Federico! ¿Aceptas de antemano tu sentencia, por un combate á muerte?

FEDERICO.—Sí.

EL REY.—Y tú, Elsa de Brabante, ¿quieres probar á todos tu inocencia, por este combate y juicio de Dios?

ELSA (sin alzar los ojos).—Sí.

EL REY.—¿Quién se encargará de defenderte?

FEDERICO (vivamente).—¡Por fin sabremos á quien ama!

LOS BRABANZONES.—¡Oigamos!

(Elsa continúa en su actitud inspirada. Todas las miradas se concentran en ella.)

ELSA.—Sí; he recobrado el ánimo; él será mi único vengador! Oíd, ahora, qué premio á su valor ofrezco. Suyo será el trono de mi padre; suyo todo lo mío; y si mi amor acepta, suyo será mi amor.

LOS HOMBRES (entre sí).—Noble premio; para conseguirlo se puede arriesgar hasta un combate mortal.

EL REY.—El astro del día nos inunda con sus tibios rayos; hora es ya de hacer el llamamiento. (Adelántase el Heraldó con los cuatro trompetas, á quienes ordena avanzar hacia los cuatro puntos cardinales, hasta los límites del círculo formado por el Tribunal.)

EL HERALDO.—¡Si alguien desea combatir á favor de Elsa de Brabante, preséntese!

(Elsa, con profunda ansiedad, espera la respuesta.)

LOS HOMBRES.—El llamamiento ha quedado sin respuesta.

FEDERICO (señalando á Elsa).—Y ahora, proclamándolo mi voz, ¿dudaréis de su delito?

LOS HOMBRES.—La suerte la anonada, no hay remedio.

ELSA (aproximándose al rey).—¡Oye mis ruegos, noble príncipe! ¡Vuelva á sonar la llamada! (Con candor.) Mi defensor está lejos.

EL REY (al Heraldó).—Repítase la llamada. (A una seña del Heraldó, ejecutan el mismo toque.) Si entre vosotros hay quien quiera combatir por Elsa de Brabante, preséntese.

LOS HOMBRES.—Silencio horrible, amenazador. (Elsa cae de rodillas. Las mujeres, llenas de temor por su señora, se acercan á ella.)

ELSA.—¡Señor! tú que le llevaste mi queja y los ecos de mi dolor, haz que se presente mi defensor á la liza.

LAS MUJERES.—¡Gran Dios! ¡protege á Elsa! ¡sálvala!

ELSA (con exaltación).—¡Hazle acudir, como se presentó en mi sueño! (Con expresión de felicidad.) ¡Haz que aparezca allí!

(Los hombres colocados junto al ribazo, sobre una eminencia, divisan á Lohengrin que se aproxima en una navecilla tirada por un cisne.)

LOS HOMBRES.—¡Mirad! qué grata sorpresa! un cisne arrastrando una navecilla.

(Los hombres situados en escena observan, al principio, sin moverse de su sitio; y luego con creciente curiosidad, se reúnen á los primeros.)

TODOS LOS HOMBRES.—¡Un caballero acude á combatir! ¡Mirad! mirad! cuál brilla su armadura! cómo deslumbra! Un cisne arrastra la barquilla! Ved! se acerca... se aproxima... ¡llega! una cadena de oro es la rienda del blanco cisne!

(Lohengrin, siguiendo la curva del río, desaparece entre los árboles. Todos los hombres se han dirigido al fondo de la escena. En el proscenio quedan el Rey, Federico, Ortrudis, Elsa y sus doncellas. Desde el sitio elevado que ocupa, contempla el Rey la aparición. Federico y Ortrudis miran con asombro y cólera. Elsa, escuchando gozosa los gritos del pueblo, parece sumida en éxtasis y no osa mirar lo que ocurre á sus espaldas. Las doncellas se arrodillan.)

TODOS.—¡Milagro! ¡milagro! ¡milagro! ¡Nunca se vió más grandioso espectáculo!

ESCENA III

Los mismos, LOHENGRIN

(La barquilla, conducida por el cisne, se detiene en el fondo, en medio de la escena. Lohengrin está en pie, vestido con una armadura de plata, el escudo al hombro, y una trompeta de oro en el cinto, apoyado sobre su espada. Federico le contempla en

silencio. Ortrudis que, durante el juicio, permaneció en actitud fría y altanera, contempla afrentada á Lohengrin y el cisne. Elsa se vuelve y exhala un grito al ver á Lohengrin.)

LOS HOMBRES.—¡Salud, héroe amado del cielo! gloria á ti! gloria á ti! noble y valeroso mortal!
(Al primer movimiento de Lohengrin para salir de la barquilla, todos enmudecen y esperan con ansiedad.)

LOHENGRIK (con un pie en la barquilla, inclinándose ante el cisne).—¡Yo te bendigo, amado cisne! ¡Ve, surcando lejanas olas, á los lugares de donde partiste! Y, cuando nuestros destinos estén cumplidos, vuelve aquí con suerte próspera!

(El cisne arrastrando la barquilla, sube el río contra la corriente. Lohengrin le sigue con la vista, melancólico.)

LOS HOMBRES.—¿Qué encanto puro y sin mezcla nos arroba á su aspecto? ¿quién será ese paladín, llegado milagrosamente?

(Lohengrin se adelanta con lento y solemne paso.)

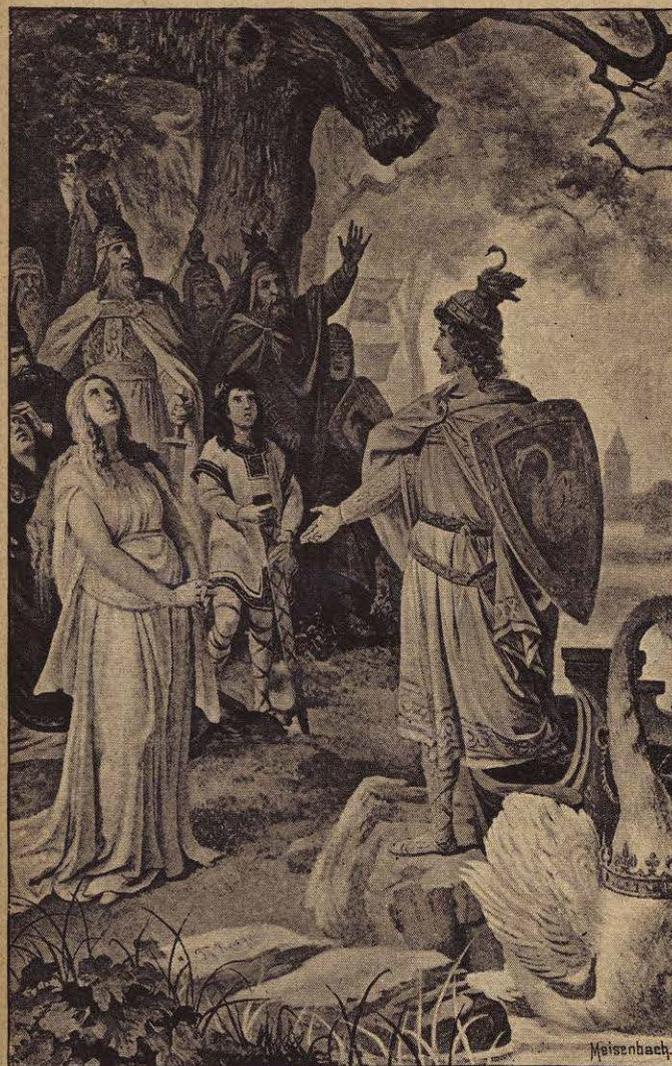
LOHENGRIK (al Rey).—¡Salud, rey Enrique! ¡proteja el cielo tu valor luengos años! ¡célebre el mundo el esplendor de tu virtud y tu nobleza!

EL REY.—¡Gracias!... Si he presentido qué orden te llevó á estos lugares, vienes por decreto de Dios!

LOHENGRIK.—Vengo á defender á la inocencia injustamente acusada; es mi deber! Y ahora, he de saber qué suerte me espera. (Se aproxima á Elsa.) ¡Habla! ¡oh! habla, Elsa de Brabante! Dispuesto está mi acero á defenderte. ¿Tendrás fe en mi valor, sin arrepentirte y sin temor alguno?

(Elsa, que ha permanecido inmóvil cual dominada por un encanto desde que percibió á Lohengrin, parece despertar de un sueño y se postra á sus pies con expresión de ventura.)

ELSA.—¡Oh! mi ángel bueno! sálvame, y luego dispón de mí!



LOHENGRIN (con ardor).—Si alcanzo victoria, ¿podré ser esposo tuyo?

ELSA.—¡Tuya soy, puedes creerme; sí! lo juro á tus pies!

LOHENGRIN.—Si quieres que te ame, Elsa, si quieres que proteja tus Estados, y que tu suerte sea siempre igual, no has de intentar saber cuál es mi patria, mi raza, ni mi ley.

ELSA (en voz baja y casi sin conocimiento).—¡No! no! nada quiero saber!

LOHENGRIN.—¿Me has comprendido bien, Elsa? No has de intentar saber cuál es mi patria, ni mi raza, ni mi ley.

ELSA (con una mirada llena de profunda confianza).—¡Oh tú, mi señor, mi ángel bueno, único que confías en mi honor! ¿qué sospecha impía, extraña, me inducirá á dudar de ti? Así como tú crees en mí, en ti creo yo.

LOHENGRIN (estrechando á Elsa contra su pecho).—Te amo, Elsa.

(Lohengrin y Elsa permanecen largo rato en la misma actitud.)

LOS COROS.—¡Oh maravilla! ¿Qué encanto sedujo nuestros ojos? ¿qué dulce transporte nos arroba junto á este mensajero del cielo?

LOHENGRIN (dejando á Elsa junto al Rey y adelantándose al proscenio).—Señores, y pueblo; vedme aquí dispuesto á probar la inocencia de Elsa. (A Federico.) ¡Y á ti que la acusas, dígame que mentes! Sea Dios nuestro juez.

LOS HOMBRES (á Federico).—Hay que ceder, evita el lazo; la derrota te aguarda. Si algún encanto le protege ¿de qué te sirve ser valiente?

FEDERICO (con violencia, fijando una mirada penetrante en Lohengrin).—Vale más morir que ser cobarde; sea cual fuere su raza, llevaré á cabo mi tarea; ¡nunca mis labios mintieron! Tentemos la

prueba ¡ea! y que el combate demuestre mi derecho.

LOHENGRIN.—Ordena el combate ¡oh Rey!

EL REY.—Midan el campo del debate tres testigos por cada adversario.

(Tres nobles sajones se presentan por Lohengrin y tres brabanzones por Federico; miden con paso solemne la arena y marcan los límites con sus lanzas.)

EL HERALDO (en el centro del campo cerrado).—Y ahora, oíd, y seguid la ley del combate. Si alguno osare penetrar en la liza, y es noble, se le cortará una mano; y si fuere esclavo, morirá!

LOS HOMBRES.—¡Si es noble, perderá una mano; si es esclavo, morirá!

EL HERALDO.—Vosotros seguid las leyes de la prueba protectriz en estos combates, sin estratagemas, ni artificios; guíe la equidad vuestros golpes; ¡inclinaos, Dios os contempla! Contad con él, más que con vuestras fuerzas.

LOHENGRIN Y FEDERICO (cada cual en un extremo de la liza).—¡Dios nos contempla en su justicia; más fe tengo en él, que en mí!

(Ambos se descubren con religioso recogimiento.)

EL REY (con solemnidad).—¡Dios del cielo, en ti confío! Pronuncia tu fallo en este combate. Brilla el acero y tu sentencia aparta de nosotros el error. Aumenta, ¡oh Dios, la valentía del justo, y priva de sus fuerzas al traidor! ¡Ilumínanos, Dios vengador, que nuestra sabiduría es error tan solo!

Concertante

ELSA Y LOHENGRIN.—En ti fío mi fuerza, Señor; y espero sin temor tu fallo.

ORTRUDIS.—Tengo plena fe en su valor; su potente brazo vencerá.

FEDERICO.—Quiero combatir, sin miedo; Gran Dios, protége mi honor!

EL REY.—Dios del cielo, en ti confío; pronuncia y dictanos tu ley!

(Todos van, lentamente, á ocupar sus sitios. Los seis testigos permanecen apoyados en sus lanzas alrededor del círculo. Los otros hombres se mantienen á corta distancia. Elsa y sus doncellas se colocan junto á la encina real. El heraldo hace ejecutar la señal por las trompetas. Lohengrin y Federico acaban de armarse. El Rey retira la espada que clavó en el suelo y con ella golpea tres veces el escudo suspendido de la encima. Lohengrin y Federico se ponen en guardia, desvainando la espada y cubriéndose con el escudo. Principian el combate. Lohengrin ataca con violencia á Federico. Este, herido, da algunos pasos atrás y cae.)

LOHENGRIN (poniendo la punta de su espada en el cuello de Federico).—Dios te ha herido; tu vida está en mi mano. (Separando su espada.) Te la doy; arrepiéntete, por fin!

(Todos los hombres cogen sus espadas y las hacen resonar en las vainas. Los testigos retiran sus lanzas del suelo. El Rey descuelga de la encima su escudo. Todos recorren la liza gozosos. Elsa se halla cerca de Lohengrin.)

ELSA.—¡Qué voz lograría cantar tus alabanzas! Sólo son dignos de ti los coros de los arcángeles; mi sér en tu sér se confunde y sigue tu ley; sé mi único bien, señor; tuya es mi alma!

EL REY Y LOS COROS.—Festejemos su victoria; cantemos su gloria. Gloria á tu nombre, gloria á tu raza!

ORTRUDIS (fijos los ojos en Lohengrin).—¿Qué virtud secreta rompió mi poder? Hay que doblegar la cabeza y perder toda esperanza.

LOHENGRIN (manteniendo entre sus brazos á Elsa).
Tu inocencia ha sostenido mi brazo vengador; después de tantos sufrimientos, tu corazón recobra la paz; luzca para ti la ventura!

(Federico, exánime casi, yace á los pies de Ortrudis. Los hombres levantan á Lohengrin sobre su escudo y á Elsa sobre el escudo real, y los llevan en triunfo, entre aclamaciones de gozo.—Cae el telón.)



ACTO II

El teatro representa el interior del castillo de Amberes. En el centro, el Palas, morada de los caballeros; á izquierda la Kemenate, morada de las mujeres. A derecha, la puerta de la iglesia. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

(Ortrudis, Federico, vestidos con trajes oscuros y pobres, están sentados en las gradas de la iglesia. Federico se halla absorto en tétricos pensamientos. Ortrudis contempla las ventanas del castillo vivamente iluminadas. Oyense, del interior del castillo, los alegres acordes de la música.)

FEDERICO (levantándose bruscamente). — ¡Ea! ¡en pie! ¡compañera de mi vergüenza! ¡que la aurora próxima nos vea lejos de aquí!

ORTRUDIS (sin dejar su actitud).—Quiero quedarme, la suerte me encadena. Escucha todavía; déjame aspirar en ese canto el negro veneno por el cual acaben tu vergüenza y su ventura.

FEDERICO (acercándose á Ortrudis). — ¡Mujer sin piedad! ¡Qué demonio fatal me liga á ti? (Con sombría violencia.) ¡Qué! no he de gozar tregua alguna! Quiero buscar lejos, muy lejos, el largo reposo de que há menester mi corazón. (Con arrebató y dolor.) Por donde quiera se extiende el oprobio sobre mi

nombre y todo el esplendor de mi antigua gloria se perdió! Puesto en el número de los traidores, he visto roto mi acero y vilipendiado el apellido de mis antepasados! Sin un amigo que por mí se interese, desterrado de todas partes, hasta de mí desvía sus miradas un bandido. (Llorando casi.) ¡Ah! cuán dulce ha de ser la muerte, comparada con mi dolor. (Con desesperación.) De todas partes me rechazan... ¡Me has robado el honor!

(Cae en el suelo, presa de la más viva desesperación. —Música en el castillo.)

ORTRUDIS (siempre en la misma posición, sin mirar á Federico, que se levanta lentamente).—¿Más por qué ese dolor; qué cuidados te alarman?

FEDERICO.—¡Monstruo! ¿por qué no me queda un arma para vengarme de ti?

ORTRUDIS (con tranquila ironía).—¿Por qué dudas de mí, conde de Telramundo?

FEDERICO.—Tú sola fuiste causa de mi locura; tú, que me indujiste á acusar á la inocencia. Dijíste que oculta en el fondo del bosque, tus ojos vieron inmolar á la víctima; afirmaste que Elsa precipitó á su hermano en el seno de las ondas, y para enconar mi odio y mi osadía, añadiste que la antigua raza de Radbod no tardaría en recobrar el poder soberano. Por ti rehusé la mano de Elsa; tu estratagema triunfó, y ocupaste su lugar tú, postre retoño de Radbod.

ORTRUDIS (aparte).—¡Qué suplicio, qué martirio!

FEDERICO (exaltándose).—A mí, cuyo nombre era tan respetado, cuya vida era la misma virtud, conseguiste, artera, engañarme.

ORTRUDIS.—¿Quién te engañó?

FEDERICO.—Tú que me indujiste al error. ¡Dios castigó mi falta!

ORTRUDIS (con amarga ironía).—¿Dios?

FEDERICO.—¿Qué oigo! ¡Cuán extraño me suena este nombre, pronunciado por ti!

ORTRUDIS.—¿Dios? ¿así llamas á tu miedo?

FEDERICO.—¡Ortrudis!

ORTRUDIS.—¡Noble hazaña amenazar á una mujer! ¡Cobarde! ¿cómo no guardaste este furor para vencer á tu infame contrario, único origen de tu tormento? ¡ah! si se le combate sin miedo, es más débil que un niño!

FEDERICO.—Pues cuanto más débil, tanto más resplandece el poder de Dios.

ORTRUDIS.—¡Su poder! Oye, y sabrás cuán débil es el apoyo del Dios que le defiende.

FEDERICO (estremeciéndose, poseído de secreta turbación).—Mujer de férreo corazón ¿pretenderás urdir nuevas tramas para engañarme?

ORTRUDIS (designando el palacio cuyas luces se han extinguido).—A sus devaneos sigue el dulce reposo. Acércate; ya el misterio se desvanece para mí. (Federico se aproxima á Ortrudis y la escucha fascinado.) ¿Conoces á ese héroe, á ese á quien el cisne conducía sobre el agua?

FEDERICO.—¡No!

ORTRUDIS.—A toda costa querrás conocerle cuando sepas que si se descubre el secreto de su sér, queda roto al momento el encanto que le protege, y desaparece toda su fuerza.

FEDERICO.—¡Ah! ya me explico mi debilidad!

ORTRUDIS.—¡Espera! Sólo una mujer tiene el poder de arrancar estos secretos, la mujer que de antemano juró no interrogarle jamás.

FEDERICO.—¿Así, apelando á cualquier artificio, hemos de hacer cómplice nuestra á Elsa?

ORTRUDIS.—¿Cómo me comprendes!

FEDERICO.—¿De qué modo obligarla?

ORTRUDIS.—Oye; ante todo, no has de alejarte de estos sitios. En seguida, para triunfar, preséntate, é infundiendo la duda en su espíritu dile que un poder falaz causó el error de los jueces.

FEDERICO (con creciente furor).—¡Sí! estratagema y encantamiento impío!